

EN TORNO A LA HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA

María del Carmen Collado*

La palabra cotidiana proviene del latín *quotidie* que quiere decir, cada día, diariamente, vocablo del cual se deriva *quotidianus*: diario, cotidiano. Aunque no existe consenso sobre qué se entiende por vida cotidiana, sabemos que se encuentra en el ámbito de lo social, en tanto que actuar del hombre en una comunidad dada. Para Agnes Heller la vida cotidiana se refiere a lo particular, es decir al "conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de reproducción social"; trata sobre "las actividades que sirven para conservar al hombre en cuanto ente natural".¹ Así, en tanto que la vida cotidiana se refiere a las prácticas humanas, éstas tienen una temporalidad y, por tanto, son susceptibles de ser historiadas, de manera que podemos hablar de una historia de la vida cotidiana.

La historia de la vida cotidiana tiene una dimensión propia, aquella que se deriva de la relación del hombre con su ambiente más inmediato. Está emparentada con la historia social, pero a diferencia de ella, no atiende al estudio de los movimientos populares, los sindicatos, los grupos sociales, las rebeliones, sino a las prácticas y relaciones de los hombres comunes y corrientes en la vida diaria. Podría decirse que para acercarse a su objeto de estudio la historia de la vida cotidiana adopta un enfoque etnológico en lo relativo a la noción de que el hombre crea cultura constantemente. Así, esta subdisciplina histórica es una auténtica hija del siglo xx, pues fue durante esta centuria cuando el concepto de cultura se abrió e incorporó a la cultura popular, aquella creada por el hombre común en su práctica diaria.²

La vida cotidiana abarca una amplísima gama de actividades concernientes al trabajo, la vida familiar, las diversiones, los paseos, el consumo, el transporte; también puede referirse a los espacios de la casa, el mobiliario, a los espacios públicos, la comida, la indumentaria, los ruidos, los olores, la educación y los valores familiares y la enfermedad, entre muchos otros, y en su ámbito pueden intersecarse lo público y lo privado. La historia de la vida cotidiana se hallaría en el extremo opuesto de los "grandes hechos históricos", de los realizados por personas notables; se refiere a los hechos y acontecimientos "menores", a aquellos protagonizados por personajes anónimos, o más bien dicho, por personajes cuyo nombre resulta irrelevante para este tipo de historia. No tiene que ser necesariamente una "historia desde abajo", pues también puede ocuparse de la vida cotidiana de las elites.

* Investigadora del Instituto Mora

1 Agnes Heller, *Sociología de la vida cotidiana*, Ediciones Península, Barcelona, 1998, pág. 19.

2 Peter Burke, *Historia y teoría social*, Instituto Mora, 1997 (Colección Itinerarios), México, págs. 138-139.

Podría decirse que la historia de la vida cotidiana se ocupa de los hechos menudos, de aquellos que aisladamente parecen insignificantes para el devenir de una nación o de un grupo social, de las actividades que realizan los hombres ordinarios, muchas veces desconocidos, pero que constituyen los ladrillos que forman el conjunto social. El estudio de la vida cotidiana nos permite hacer una lectura desde el lugar donde se materializan las grandes decisiones políticas, donde inciden las fluctuaciones económicas, los cambios religiosos, las revoluciones, las creencias, los mitos. Para acceder al conocimiento de la vida diaria se requiere de una mirada particular, capaz de observar lo que es inmediato al ser humano y la manera cómo se reflejan en sus prácticas y relaciones los acontecimientos y procesos de mayor envergadura.

No obstante, sería erróneo suponer que lo sucedido en la vida cotidiana es sólo un reflejo de lo que acontece en la dimensión externa del poder, que es de lo que se ha ocupado la historia tradicionalmente. Es decir, no podemos partir del supuesto de que estos dos niveles forman una dualidad dominante/dominado, en la que el segundo reproduce automáticamente las relaciones y prácticas provenientes de la órbita del poder. Como sostiene Michel de Certeau, la actitud de los grupos populares no es necesariamente la del consumidor o receptor pasivo que reproduce mecánicamente lo que le llega desde las esferas políticas y económicas. Por el contrario, el hombre ordinario se apropia de las representaciones que le son transmitidas, las puede resignificar y darles un uso diferente.³ A manera de ejemplo, recordemos cómo los indios de lo que hoy es México se apropiaron de la religión católica que les brindó la evangelización española. Los indios no se limitaron a reproducir sin más las prácticas e ideas religiosas que recibían de los misioneros, sino que las resignificaron, creando una religiosidad popular, sincrética, rica en manifestaciones originales que se han plasmado en rituales como los de los danzantes, las peregrinaciones, los entierros o el culto a los muertos.

Si se trata, pues, de un enfoque y de unos actores históricos distintos, la historia de la vida cotidiana tiene que echar mano de metodologías también distintas y mezclarlas con las tradicionales, pero sobre todo requiere de fuentes diferentes. En esencia, desde el punto de vista metodológico se trataría de utilizar técnicas más cercanas a la etnología, como la historia oral, o la observación participante, cuando se trata de grupos contemporáneos. En cuanto a las fuentes, se tienen que buscar aquellas que rescaten lo particular, lo singular, lo más próximo a la práctica del hombre: Así, la prensa, los archivos judiciales, la fotografía, la pintura, las artes visuales en general, la publicidad, la correspondencia, los diarios, los manuales de etiqueta,



3 Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, UIA/Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, México, v. 1, 2000, págs. XLII-XLIII.



los restos materiales y la narrativa, por mencionar los más importantes, pueden proveernos del material necesario para ingresar al mundo de lo cotidiano. El contraste entre el discurso oficial dominante y el que nos aportan las fuentes alternativas, nos permite calibrar en qué medida lo acaecido en la vida cotidiana expresa una reproducción mecánica de lo emitido desde la esfera del poder o representa una apropiación de las representaciones por parte de los grupos receptores, dándoles un uso distinto.

La historia de la vida cotidiana puede ser más popular, en términos de lectores, porque presenta experiencias más cercanas a ellos, las cuales satisfacen su curiosidad por conocer cómo se vivía y percibía en otra época, qué música se escuchaba, qué ruidos y olores poblaban el ambiente, cuáles eran las diversiones, cómo se comía, se vestía y se cortejaba, etc. En suma, este tipo de historia puede llegar a un número mayor de lectores, pues les resulta más cercana. En México existen pocos trabajos sobre la vida cotidiana realizados por historiadores profesionales, pero su estudio está cobrando importancia. Prueba de ello es el número que hoy dedica la revista *Universidad de México* al tema. ♣

